

P R E T E X T O S

de Andrés HENESTROSA

A fines de 1913, va para cuarenta y dos años, don Francisco J. Gamoneda organizó en su Librería General una serie de conferencias sobre la cultura mexicana, especialmente acerca de la Literatura Nacional. Es bueno recordar los nombres de las personas que intervinieron en aquel suceso: Luis G. Urbina, Manuel M. Ponce, Pedro Henríquez Ureña, Federico Gamboa y Jesús T. Acevedo. Tres de aquellos conferencistas coincidieron en algunos rasgos distintivos del alma mexicana: la melancolía y la malicia epigramática, señaló Urbina como constantes de nuestra literatura, amén de otros aspectos secundarios; Ponce atribuyó carácter melancólico a la música mexicana, y cosa curiosa, se refiere a su concordancia con las horas crepusculares en que suele oírse, es decir, a una suerte de proyección sentimental. Pedro Henríquez, de una manera más categórica y rigurosa, apurando los razonamientos, definió la manera de ser del mexicano, que si bien ya habían sido indicados desde los orígenes mismos de la literatura escrita en español, con él alcanza rango de conclusiones. Al señalar las características de las otras literaturas del Nuevo Mundo, se detiene en la mexicana y se pregunta: "¿Y quién, por fin, no distingue entre las manifestaciones de esos —algunos poetas his-

panoamericanos— y los demás pueblos de América, este carácter peculiar: el sentimiento discreto, el tono velado, el matiz crepuscular de la poesía mexicana?" La discreción, la sobria medida, el sentimiento melancólico, crepuscular y otoñal, van concordando con este otoño perpetuo de las alturas, distinto de la eterna primavera de los trópicos: este otoño de temperaturas discretas que jamás ofenden, de crepúsculos suaves y de noches serenas. Así fué siempre la poesía mexicana, desde que se define: poesía de tonos suaves, de emociones discretas, desde Navarrete, Pesado y Arango, hasta Gutiérrez Nájera, Urbina y González Martínez, pasando por Ramírez, Riva Palacio y Altamirano, sin excluir a Díaz Mirón en apariencia ajeno a estos modos. Porque muchos de sus poemas —de sus canciones— son delicadas como la "Barcarola", y melancólicas como "Nox" y otros teñidos de "emoción crepuscular", como el incomparable "Toque", apunta Henríquez Ureña. Lo demás, lo saben los lectores: en una serie de brillantes reflexiones y de una argumentación deslumbrante, el ilustre dominicano estableció el mexicanismo de Alarcón, lo reintegró a México al que pertenece de pleno derecho.

porqués son tan obvios que saltan a la vista a medida que los sucesos se desenvuelven. El monólogo interior es escaso, ya que el argumento no justifica su existencia.

En fin, Max Aub cumple su cometido decorosamente, realiza lo que se propuso en la medida de sus fuerzas: divertir a los lectores de novelas.

C. V.

EDUARDO MALLEA, *Notas de un novelista*. Emecé. Buenos Aires, 1954. 142 pp.

Un libro de fragmentos es siempre un libro difícil, pues sólo puede llevarnos hacia él alguna afinidad con el autor, un cierto conocimiento previo de su obra. Tal vez por eso los libros de fragmentos se permiten casi exclusivamente a escritores de cierto renombre.

La honradez literaria de Mallea es bien conocida. Mallea es un escritor serio, conscientemente colocado ante los conflictos del alma moderna. Esa misma seriedad le hace ser claro. Su lectura nos causa placer porque parece que no podríamos separar el estilo de la idea. Lo que gusta de Mallea es ese sentir que en él el fondo hace la forma. Es como si pensara con estilo.

Estos fragmentos son de un interés enorme para todo escritor, para todo lector avanzado en cuestiones literarias. Un simple lector de novelas, una persona que lee sólo por distraerse, no encontrará motivos de atención en este libro. Hace falta estar "en el juego" y tener un cierto regusto por los problemas estéticos, morales y hasta técnicos de la literatura. En este sentido, Mallea nos entrega algo valiosísimo:

Algo extraño, y es lo que me propongo señalar, es que ninguno de aquellos tres conferencistas; Urbina en la conferencia La Literatura Mexicana, primera de la serie, ni Ponce en su Música Popular Mexicana, ni Pedro Henríquez Ureña en El mexicanismo de Alarcón recuerdan que Vicente Riva Palacio en una digresión contenida en la semblanza de Alfredo Bابلot —Los cerros, 1882— había dicho: "El fondo de nuestro carácter, por más que se diga, es profundamente melancólico; el tono menor responde entre nosotros a esa vaguedad, a esa melancolía a que sin querer nos sentimos atraídos; desde los cantos de nuestros pastores en las montañas y en las llanuras, hasta las piezas de música que en los salones cautivan nuestra atención y nos conmueven, siempre el tono menor aparece como iluminando el alma con una luz crepuscular". Juicio este en el que se pueden ver las palabras claves en todas estas reflexiones: melancolía, tono menor, vaguedad, crepuscular. La probidad intelectual de Urbina, de Ponce, y de Henríquez Ureña nos inducen a pensar que de haber conocido ese lugar perdido en las obras de Riva Palacio habrían acreditado al General el hallazgo; pero el caudal de sus informaciones, sobre todo las de Urbina y Henríquez Ureña, nos autorizan a concluir que parece imposible que desconocieran ese atisbo, con más razón el último que de un modo tan claro apunta la añoranza como inseparable de algunos poemas de Riva Palacio. ¿Qué ocurrió? Es cosa que no sabemos, ni tiene mayor importancia.

Las conclusiones contenidas en la primera conferencia de Angel María Garibay K., vuelven a punzar nuestra curiosidad acerca de lo imposible que parece que todos cuatro ignoren a Riva Palacio, pues es indudable que el sabio nahuatlato conoce los puntos de vista de sus predecesores en este capítulo, y aun, quizá, los de Francisco Pascual García, quien en un ensayo acerca de los indios mexicanos insiste en esas características del espíritu nacional. Garibay K., no sólo descubre esos elementos en la conformación de nuestro carácter, sino que los razona, señala su remoto origen: el color era uno de los elementos sagrados, ya que formaba parte de la concepción del universo. La delicadeza, la suavidad, la finura, siguen siendo encantos de nuestras letras: herencia de los poetas indios que tenían miel en el alma y obsidiana en las manos endurecidas. Garibay enriquece, pues, la discusión con un nuevo fundamento: todo eso que caracteriza a la literatura nacional viene del mundo de los poetas indios que no mueren en el poeta de hoy, como un gran río no muere cuando encuentra al mar, sino que lo endulza en un gran trecho. La melancolía: producto de un suelo en que el sol luce y la luna se quiebra en las flores: un eco de aquella musical elegía de los tepozatlites y las flautas que siguen cantando en el corazón de cada mexicano.

Sea lo que fuere, agreguemos a la lista de los que se han asomado al mundo de nuestras letras, de los que han trabajado en torno al problema de nuestra expresión, el nombre de Vicente Riva Palacio. Porque él también sentía fluir en su corazón, oscuro y solo, a lo largo de muchos siglos, la vieja lágrima, la gota categórica, el hilo de dolor que no se acaba, y que taladrando rocas, llega al pecho de nuestros poetas verdaderos.

una especie de informe sobre su trabajo de creación. ¡Si pudiéramos tener de los grandes novelistas el diario de sus mejores novelas, del mismo modo que Mallea nos presenta el Diario una de sus más acertadas creaciones, "Los enemigos del alma"! ¡Cuántas sugerencias, cuántos caminos hay en este singular diario!

El libro sobrepasa el valor de lo esquemático de la nota. Hay también verdaderos ensayos, como las páginas dedicadas a Paul Valéry, Kassner y Strindberg, y las que forman la "Introducción al mundo de la novela", donde el novelista argentino nos aclara muchos conceptos acerca de "lo novelesco", esa materia que existe propiamente desde el siglo pasado, que marca el imperio del género.

Y todo expresado en el lenguaje culto, vivo y flexible de Mallea, que sería cualidad suficiente para entrar en esta obra.

J. de la C.

ROGIER VAN AERDE, *Cáin*. Criterio. Buenos Aires, 1954. 176 pp.

Cuando *Cáin* apareció en Holanda, los críticos creyeron que un gran nombre se escondía tras el seudónimo de Rogier van Aerde. Pero resultó ser un muchacho de venticinco años, empleado en una fábrica de cerveza y cuyo verdadero nombre es A. J. H. F. van Rijen.

Cáin plantea la apasionada defensa del gran rebelde que fué origen de los hijos de los hombres. El relato comienza con el éxodo de Adán y Eva, quienes, para vencer al miedo, engendran a *Cáin*. Desde su niñez, *Cáin* habrá de preguntarse incansablemente: ¿por